

go. Me figuro que los ojos en esos lugares son tan inútiles como las monedas en la gruta cerrada en que mueren los avaros de las fábulas.

—Exactamente. Pues sucedió que una noche iba el doctor Llovet a asistir a un enfermo que habitaba al otro lado de la llanada. Acaso contaba más de hora y media de cabalgar por entre la negrura, cuando de pronto rígido jinete envuelto en un sudario blanco aparece y sin mosticar palabra continúa la ruta aparejado. Por supuesto a corto andar el viejo Llovet, pensando que se trataba de un ladrón, requirió el arma y preguntóle con desazón que cuáles vientos lo conducían por aquella soledad. El jinete blanco prosiguió siempre estirado sin dignarse oír nada. Esto alarmó a mi colega más aún. Alebrado, clavó las espuelas en los ijares de la bestia y dióse a volar al galope. Pero el jinete blanco no lo desamparó; corría, corría, erguido en la albarda. ¡Ya era mucho! Entonces el médico resolvióse a jugarse el todo por el todo. Echó pie a tierra. Acercóse al misterioso compañero noctívago. E injuriándolo le arrancó de la cabeza el sudario blanco. Llovet tuvo fuerzas todavía para encender una cerilla. A la luz instantánea apareció un rostro inexpresivo de ojos vidriados, nariz filosa, labios cárdenos y la mandíbula desgoznada. El extraño viajero estaba inmóvil, amarillo cual un mármol en ruina.

Lía interrogó ansiosamente:

—¿Era un muerto?

Apresuróse Manolo Casal con esa sonrisita

amparadora de limosna que se tira, que adquieren los dueños de un secreto:

—Lo ha dicho usted; un muerto; sí señora.

—Mas el doctor Astorga no logró poner punto a su relato porque vino un policial a llamarlo con urgencia para que asistiese a un herido.

Retiróse desganado, prometiendo que regresaría así como mandara hacia el otro mundo al importuno que lo quitaba de tan sabrosa compañía, y tan honrosa.

No había salido cuando Lía exclamó:

—¡Ah, doctor! A mí me hace una gracia . . .

Manolo Casal comentó después de dejar la copa en la mesa:

—Es muy bueno pero muy agrio.

—A mí me hace mucha gracia. Lo que más me divierte en él es ese tic nervioso del ojo derecho. Anteayer se amoscó conmigo. ¿Se acuerda que tuve que ausentarme del patio de tennis? El solo se encargó del partido que defendíamos ambos. Por la noche le pregunté si habíamos ganado o perdido. Me respondió que ganado; simultáneamente apagaba el ojo. Yo volví a interrogarle:—¿Ganamos o perdimos? El me contestó:— Ganamos. — No se lo creo. — ¿Por qué? — Porque como me responde cerrando ese ojo se me alcanza que está usted burlándose de mí.

El doctor Astorga regresó antes de que terminaran de celebrar el amable disparate de aquella loca. Intrigado por la hilaridad de ambos quizo que lo hiciesen partícipe de la algarabía. Sin

embárgo la señora de Iriarte creyó más prudente dejarlo a oscuras:

—Usted no sabe de lo que nos reímos. Es una tontería. ¿Y qué hubo del herido?

—Lo mandé al hospital.

—¿Sin hacerle la primera cura?

—Sin nada.

—¿Y si muere?

—Mejor para él que cancela cuentas con sus acreedores. Y mejor para mí que no me veo obligado a registrarle las entrañas.

—Tiene razón. Pero dígame: ¿en qué paró el doctor Llovet?

—Casualmente no paró. Enterarse de que lo acompañaba un muerto y correr como un loco, todo fué uno. Hasta que llegó al poblado a caer con una fiebre violenta.

—Lo que no acierto a explicarme es cómo andaba ese muerto a caballo.

—Allí el secreto.

Manolo Casal lo dijo:

—Parece que en el Guanacaste entierran los muertos a caballo. Los cementerios quedan a largas distancias. La bestia que conducía a aquél se había perdido mientras que la cabalgata fúnebre que le hacía cortejo se detuvo en una taberna. Luego el caballo errante encontró otro y se puso a la par siguiéndolo en todos los movimientos: si el doctor corría, corría el muerto; donde hacía alto, hacía lo el muerto.

—El doctor Llovet es muy miedoso por lo visto. ¿En qué puede perjudicarnos un muerto?

—No lo crea—respondió Astorga—.No lo crea, señora. El doctor es hombre valiente. Prueba de ello es que no obstante sus setenta y cinco años y sin tener obligación, fuese al frente cuando rompió la guerra europea.

—Pues a mí no me habría asustado ese muerto.

Rióse Astorga del alarde:

—¿Cuánto tiempo va a permanecer usted entre nosotros?

—Un mes más.

—Está bien. Me comprometo a que en el término de ese mes yo he de hacer que usted se crispe de miedo.

—No lo consigue.

—Me comprometo, palabra de hombre.

—Es inútil.

Aumentaba el calor.

El Magistrado Iriarte que se entretenía jugando las copas en una mesa vecina, se acercó del brazo del Juez de Primera Instancia don Nicolás Rivera, quien se dolía de su mala estrella:

—Hace cinco días no me doy el gusto de ganar un trago. ¡Yo no sé que será esta tuerce! No lo sé.

Lía lo sacó de dudas:

—Alguna chica, tío, que lo ha visto en traje de baño.

Grave, cavernoso, sin olvidar la magistratura, el señor Iriarte invitó a su esposa a retirarse:

—Si te parece nos vamos.

—Cuando mandes.

—Supongo que ya tendrás deseo de almorzar.

Púsose en pie la señora:

—Hasta luego. Nos veremos en la playa a la tarde.

El reloj de la cantina dejó caer once campanazos huecos.

Minutos más tarde, tomaron camino de la playa el doctor Astorga y Manolo Casal que se ahogaba, ya no a causa del calor sino con algo que venía estorbándole en el buche sin haberlo podido soltar:

—Oye, Emilio ¿no te enfadas si te hago una observación?

—No hombre. ¿Por qué me voy a enfadar?

—Pues cámbiate ese sombrero que no va bien con el color de tu vestido.

—¿Eso es todo?

—No, yo te lo digo por tu bien.

La espuma se deshacía en la playa, bajo el sol tenaz que doraba la cresta de las olas.

II

—Permítame un momento, Emilio. Observa a ver si tengo bien el nudo de la corbata, como Dios manda, pues resulta que con esto de salir en la madrugada no pude ni asomarme al espejo.

—Mira, Manolo, déjame en paz.

—Hombre, la cosa no es para hacer explosión.

—No ves que ni cuerda hay para amarrar estos perros...

Los llamó a voces Lía de Iriarte, desde la popa de la lancha que se mecía en el agua nacarada por la aurora:

—Estamos en espera de ustedes; hasta que no lleguen no partiremos.

Apresuróse a responder Manolo Casal descubriéndose zalamero la cabeza lustrosa y perfumada:

—Muy buenos días tenga usted, señora. Un momento. Ya vamos. El doctor concluye ya de amarrar los perros. Ya vamos.

Y el doctor Astorga, en cuclillas, rodeado por los perros que movían la cola sacudiendo las orejas, refunfuñaba:

—¡Maldita sea! Parece que se arruinaran por comprar media vara más de cuerda. ¡Me lo hubieran dicho a tiempo! Luego, las mujeres que llegan siempre tarde y cuando llegan creen que para todo se va a hacer tarde.

—Hombre, ten cuidado que van a oírte.

—¡Pues que me oigan! Y ya te dije que me dejaras en paz.

—Bueno, ni una palabra.

—Quieto, *Escarpia*. ¡Perro más inútil! En su vida ha levantado una huella. Milagrosamente no viene a cacerías con corbata, como tú. Yo no sé para qué le servirán las narices.

El perro, un perrazo negro a parches blancos, como esos de porcelana que están echados en los rincones de las salas oscuras, lamió la cara al doctor quien después de soltarle un revés loató fuertemente.

En seguida irguióse Astorga e invitó a su compañero a marchar con él a la zaga de la trahilla que brincaba aullante en la fresca mañana prometedora. Poco antes de cobrar la escalera de embarque lo detuvo Manolo Casal con aire sigiloso que en otro hombre hubiese recordado el de un conspirador:

—Oye, no te enfades. Tú estás hoy que hierves, como agua para chocolate. Dime, es un favor de amigos, no estoy mal ¿verdad? Dímelo con entera franqueza porque como me vestí tan a prisa.

El doctor Astorga, Emilio Astorga García, médico y cirujano, según la placa que había hecho colocar recientemente a la puerta de su

casa, lo filió del fieltro a los pies, apretando una sonrisilla de pillastre:

—¿Quieres la verdad?

—Naturalmente.

—Pues estás de que te den una paliza. Buenos serán esos atavíos de figurín allá en el viejo mundo donde príncipes y duques cazan venados que el montero amarra a un árbol con antelación. Pero para nosotros que vamos a la montaña bruta, que hemos de abrírnos brecha a filo de machete... No, hombre, no. Pudiste haber guardado tus arreos para hacerte una fotografía de cuerpo entero.

—Ya lo ves. Tú terminarás hoy por echar chispas.

Palmoteó la señora de Iriarte a bordo de la lancha cuyo motor llenaba el muelle con ruido dislocado y tenaz:

—Bueno, señores, más tarde arreglan el país.

Entonces el doctor entregó a Manolo la punta del cabo que sujetaba los perros y ágil como un gamo saltó hasta la popa de la lancha donde los cazadores esperaban el momento de partir sobre el agua que tenía la paz rosada del amanecer.

—Aquí me tiene, señora.

Manolo Casal no daba con el medio de embarcarse. Iba a poner el pie en la borda y los perros desordenados y alegres tiraron de su pulquérrima figurilla satisfecha. Fué preciso que un marinero alto, feulenco, con los brazos tatuados, le quitase la trahilla y luego le tendiese

la mano para que pudiera saltar sin perder el equilibrio.

Lía lo recibió muerta de risa:

—Entiérrese en la arena, amigo mío.

—¿Para qué?

—Para que se le cure el reumatismo, como a mi tío.

—Yo no tengo...

—Amigo mío, pues viéndolo a usted saltar...

Los marineros soltaron los cabos que amarraban la embarcación y entre los saludos de los mozos del muelle, gentes toscas de traza graciosa hechas al agua y al viento, fueron alejándose hacia el lado del sol.

A penas se apartaban del atracadero cuando el señor Juez de Primera Instancia, don Nicolás Rivera, sacó de una bolsa de piel, plateada cucharilla que remataba en dos anzuelos.

—Ya verán ustedes. Esto es una maravilla para pescar; cosa de echarlo al agua y coger por lo menos un pargo.

A don Pedro José Iriarte le produjo extrañeza la previsión de su colega que se preparaba de modo tan completo para la pesquería:

—¿No le pone usted carnaza?

—No. Lo maravilloso de este aparato es que los peces caen sin carnaza.

—Permita usted que lo dude.

—En los Estados Unidos sólo así peczan.

Lía se entrometió con afán de enojar a su tío:

—Aquí los peces son más avisados. Tendrá usted que enseñarlos a tragarse esa cucharita.

Prefieren comer sin cuchara que hacerse con una cuchara para no comer.

—¡Tú qué sabes!

El señor Juez lanzó el cordel al remolino que hacía la lancha en su avance por el agua donde temblaba un rubor matinal.

Navegaban los cazadores sentados en la popa atravesando el estero, increíble ópalo diluído bajo la concha nácar del cielo. Las garzas en la playa, movedizas, levantábanse para ir del manglar a la arena con el cuello alargado, abiertas las alas, las patas encogidas, en la actitud en que aparecen en los biombos, sobre el brillo de seda que dominaba en el espacio; y dos guacamayos salieron de un eucalipto lejano, como saetas ensangrentadas que fuesen a clavarse en las nubes que iban blanqueando lentamente. Semejantes a los árboles de un parque en invierno, sin hojas, sin animación, erguíanse los mástiles aquí y allá; y más allá de los mástiles cruzados de cables, brazos de agua llana, oscura, que se internan rompiendo la montaña; y más allá de aquellas ensenadas, la musculatura enorme de los montes; y más allá de los montes, el sol que aparecía; y hacia el otro lado, la boca de la rada donde reventaban las olas níveas cual una dentadura afanada en roer las rocas; y más allá, el mar libre; y más allá del mar salpicado de islas, como una tela liviana, como la tela que velase el bosquejo de un paisaje, el azul, el azul que todo lo cubre, el inmenso azul.

Repentinamente rompió Lía en gritos de pájaro mañanero:

—¡El sol! ¡El sol! Ya está aquí el sol.

La sacó de tan alborozado entusiasmo su marido, el justiciero don Pedro José Iriarte:

—Cualquiera diría que nunca lo has visto.

Sin embargo la muchacha no dió gran importancia a las palabras del viejo:

—Hijo, mira tú, que con los años que llevas encima más falta te hace a tí el sol que a mí.

—Pierde cuidado, lo que nos vamos a divertir cuando empiece a picar en la montaña . . .

Ella no lo escuchó o hizo que no ponía atención y púsose a dar palmadas, llena de contento como una escolar:

—¡El sol! ¡Vean qué sol! Siento lástima por los que repiten cual un axioma aquello de *vedere Napoli e poi morire*. ¡Nápoles! ¿Qué más tiene Nápoles que nosotros? Menos si acaso. No es en Nápoles el sol más sol que aquí, ni el cielo más cielo. Paisajes tan hermosos como el Golfo de Nápoles los tenemos nosotros a montones, y más ricos en color. No hay sino ir al volcán Poás, al río Tempisque, o internarse por los Andes en cualquier rinconada. Yo no le quito méritos a aquello. Sería muy mal agradecida, que bastante placer me dió cuando lo ví. Pero esto no es menos hermoso y sin embargo yo no deseo morir porque espero ver muchas otras cosas en la vida. Y aunque no las viera. Por fortuna los ojos cada día aprecian mejor el dón de la existencia, y el sol, por ejemplo, con

ser siempre el mismo, cada mañana nos lo imaginamos nuevo y nos sorprende, y nos cautiva y nos alegra como si jamás lo hubiésemos visto.

Y agregó el doctor Astorga:

—Los que hemos nacido aquí no sabemos cuánto valen los Trópicos. Estos panoramas rudos, locos, violentos, contentan el ánimo mejor, mil veces mejor que esos del mundo viejo, famosos como un tenor o una cupletista y de los que es preciso hacer el elogio para no pasar por imbécil.

—Es que usted no se fija—advirtió el señor Magistrado—que a aquellos parajes los prestigia en la mayor parte de los casos el recuerdo histórico.

—¡El recuerdo histórico! El que ama a los hombres de la historia vive con ellos en todas partes, recibe la visita de los héroes de la guerra, de la ciencia o del amor aquí como en otro lugar. La historia la han hecho los humanos. Aquí tenemos la Naturaleza al desnudo. Entre esto y aquello existe la misma diferencia que entre un trago de agua pura y un refresco. El agua mitiga la sed, el refresco halaga el paladar. Nuestra campiña es fuerza, es alegría, es salud por sí sola. Podrá no tener fantasmas de la historia que la habiten. Pero tiene, en cambio, cedros, guayacanes que conocen las nubes, fieras potentes, ríos que como la vara bíblica provocan la riqueza donde tocan; es un alma de olores y un cuerpo incansable.

Alizábase el cabello Manolo Casal con la ma-

no izquierda y poniendo cara de aburrimento-expuso:

—A mí que no me den campo. Yo opino que el peor carpintero hace un asiento más cómodo que la Naturaleza . . .

Lía lo interrumpió:

—Eso lo he leído yo en algún lado.

—Sí, lo dice Wilde. Wilde afirma que el peor ebanista de Oxford fabrica un asiento más cómodo que la Naturaleza.

Lola Rosales, que había llegado con su marido dos días antes a pasar la luna de miel en el puerto, manifestó media cohibida:

—No sé qué me sucede, pero hoy me siento muy alegre, muy alegre.

Y la emprendió a besos con el mocetón de su esposo que, asustado, no podía protestar del imprevisto ataque. Mas el señor Iriarte lo salvó con oportuna intervención judicial:

—Cuidado que le vamos a tomar envidia a su marido, señora.

—¡Ay, don Pedro! Es usted la undécima persona que me llama señora. Llevo muy bien la cuenta.

—Ya la perderá.

El ilustre don Nicolás Rivera, preguntó desde el fondo de la popa, donde sostenía la caña maravillosa sin haber sacado un solo pez:

—Dígame doctor, ¿en la isla adonde vamos hay mangos? Usted no sabe lo que me gustan los mangos.

La mole de doña Rita, compañera insepara-

ble del Juez, que acodada en la borda esperaba los efectos maravillosos de la caña, coreó resoplando:

—Y a mí. Es debilidad lo que siento por los mangos. Me perezco por comerlos.

Entraron en pleno mar. El viento del norte hinchaba las olas. La barca saltaba como un potro. Estrellándose contra la proa hacíase pedazos el agua y ascendía en gotas blancas con granos de sol para caer sobre los viajeros, en forma de llovizna.

En la cubierta se destacó el marinero, feulenco y con los brazos tatuados, que se había hecho cargo de los perros en el muelle. Enorme, silencioso como un bronce, la mano en la frente para dar sombra a los ojos, extendió la vista por el horizonte. Así permaneció largo tiempo, clavado; luego dispúsose a bajar, mas el señor Iriarte le cortó el paso:

—¿Tendremos mal tiempo?

—Malo no, mi jefe. Pero si no cambia el norte vamos a mojararnos.

—¿Y cambiará? ¿Qué cree usted?

—Pos de repente cambia ¡Quién sabe!

En eso una ola invadió la cubierta. Las señoras se apiñaron. Lola Rosales de Ugalde se apretó contra el marido verdaderamente aterrizada. Manolo Casal se dió mucha prisa para secarse los pantalones que se le mojaron en lugar tan impropio que tal humedad se juzgara obra del miedo. A la vez don Nicolás Rivera recogía el cordel del anzuelo; estaba pálido, hielático; tenía los ojos tan abiertos que parecía que

se los hubiesen mondado; al fin pudo balbucear:

—¡Caracoles! Nos va a llevar el diablo. Apártate de ahí, Rita, si no quieres...

Al mismo tiempo Lía exclamó:

—¡Qué hermoso! ¡Cómo está el mar! Yo debo de tener algo de gaviota. La furia de las olas me convida a desafiarlas. Indudablemente el peligro en ciertos temperamentos, equivale a la tranquilidad que alaban tantos.

Muy suave, cual si quisiese que lo perdonara aquel grupo de gentes que no velaban las impresiones del miedo, adunó el doctor Astorga:

—A mí me sucede que cuando viajo en bonanza pienso que algo me falta, que no he viajado; y en cambio cuando el mar ruge...

El licenciado Iriarte volvióse hacia su mujer un poco agrio:

—Las gaviotas tienen alas. Y tú, si te vas al agua, ten por seguro que conoces el fondo.

A punto de enfadarse suplicó la muchacha al viejo y circunspecto Magistrado, con voz que a poco era lastimera:

—Pedro, acompáñame un momento hasta la proa.

—¡Cómo! Si estamos sobre un terremoto.

—Ven, te lo ruego. Ven. ¿Quieres?

—¡Qué se ha de hacer!

Y cuando lo tuvo fuera del alcance de los viajeros:

—¿Sabes? Yo no he venido a que me mortifiques. Cuanto digo y cuanto hago es ocasión de una reprimenda. Si no estás a tus anchas no es

culpa mía. Los muchachos nos divertimos con todo. Y parece que mi alegría te causara pesar. Acabarás por agotarme la paciencia.

Era cierto. El señor Magistrado guardaba desde la noche anterior un resquemorcillo contra su mujer y se le iba a flor de labios a cada paso. Pues sucedió que él no deseaba correr aquella aventura de cacería, pero la alegre señora estaba entusiasmada con la idea de echarse al monte llevando una escopeta al hombro. ¡Irían tantos amigos! Sobrevino un choque. Lía perdió por completo la cabeza. Lloró, dióse de golpes en la cara, pateó contra el suelo. Y todo en medio de frases insultantes. Se lo tenía muy merecido. ¿Quién la había mandado casar con un viejo? Los viejos para los museos. Y gracias. Hacía bien en no consentir que se distrajera. ¡Cómo pasaba las horas de su existencia tan a gusto en casa! Por último don Pedro se impacientó sin muchos aspavientos, siempre de acuerdo con la categoría de Magistrado de Casación. Cuando le propuso matrimonio no era ningún mozo. Ella lo sabía. Por lo demás las cosas tienen remedio. No pedía nada que no le diesen de grado, pero, por Dios, que tampoco le exigieran sacrificios que se avenían mal con sus costumbres. ¿Qué iba él a hacer a una cacería? ¿A correr como un loco? ¡Faltaba más! De súbito Lía mató la luz y sin abrigarse siquiera, tendióse en la cama a llorar; tenía las mejillas mojadas; los senos, que hacían fondo a los bordados de la camisa, temblones como dos astros. No supo resistir más el viejo

Iriarte; la abrazó con maneras cansadas de oso y sujetándole la barbilla, trató de consolarla:

—No llores. No seas tontuela. ¿Es mucha la gana de ir a la cacería? Pues iremos. Pero no llores. No seas tontuela. No llores. Ya sabes que yo porque tú estés contenta soy capaz... no puedes calcular de lo que soy capaz.

A las cuatro y media de la madrugada se incorporó la muchacha para encender el reverbero. Cuando el café estuvo caliente, llegóse hasta la orilla del lecho con una taza humeante y olorosa, a despertar al marido que roncaba con la boca abierta y las manos cruzadas sobre el voluminoso abdomen, bajo la colcha blanca cuyos flecos caían como una lluvia.

Eran muy cerca de las nueve.

El mar había entrado en calma. Al frente tenían los navegantes la isla de Venado, cuajada de árboles que se confundían entre sí, agitados por el viento: daban la impresión de un remolino de agua más verde, más intensa, más irregular que la de las olas. Los alcatraces asustados por el ruido de la máquina emprendieron el vuelo en ordenada línea grisácea, para descansar en una roca donde se percibían con el aire de jorobados curiosos que observasen la carrera del sol. Los marineros en proa echaron las anclas. Y los cazadores, casi todos armados de escopetas que sostenían colgada de un hombro por la correa, ganaron la playa en un botezuelo que viniera al remolque; como eran muchos, dividiéronse en partidas; adelante fueron las

damas, y el señor Juez de primera instancia don Nicolás Rivera; más tarde los hombres y el último que desembarcó fué Manolo Casal quien a causa del mal tiempo estaba convertido en un charco de la nuca a los tobillos:

—Luego es urgente responder a los que nos interroguen allá, que nos hemos divertido mucho.

Enjugábase el sudor don Pedro José Iriarte con un pañuelo de seda que extendía entre las dos manos. Restregóse el occipucio donde remataba la blanquecina melena rala y agregó:

—Bien dice lord Palmerston que la vida sería un castigo soportable a no ser las diversiones.

Marcharon todos en grupo compacto, hacia arriba, refugiados en la sombra de los almen-dros, por sinuosa vereda que serpenteaba en la falda de una colina. A poco andar, saltan-do sobre los troncos musgosos y negruzcos que las tormentas habían derribado, los atajó un río que se deslizaba entre resedas, claro como un vidrio roto contra los guijarros. Astor-ga echóse a la busca de un vado fácil de practi-car. Inútilmente. En ascenso cerraba eñ paso un breñal espeso del que se disparaban corpulentos árboles, refugio de monos que, encaramados en el ramaje, recordaban a los albañiles encalados que van, presurosos, por los andamios; y hacia la parte de abajo, vedaba la ruta un despeñadero.

En vista de las dificultades que se presenta-ban para cruzar el río, propuso el doctor Astorga procurando que no lo creyesen imperativo, pues su voz casi tenía modulaciones de pedigüeño.

—Si no les parece mal, los que vamos a cazar seguimos el camino, y aquellos que vienen sólo por pasear que se queden, ya que la sombra aquí es densa.

Asintió don Pedro José Iriarte:

—Es lo mejor que podemos hacer.

Encaramado en un tronco caído, el señor Rivera, el ilustre don Nicolás Rivera, Juez de primera instancia, tiraba palos a los monos que huían ágilmente, sacudiendo las frondas.

—Pon cuidado, Rita, pon cuidado. Me voy a aprear a aquella mona que carga un monito en las espaldas. Pon cuidado; vas a ver qué puntería.

Y con un movimiento rígido en el que entró todo el costado derecho, lanzó a la altura seca-rama.

Manolo Casal, siempre tan previsor, reprendió al viejillo impertinente:

—El que debe poner cuidado es usted, don Nicolás. Cuando menos lo pensemos nos van a dejar caer una lluvia de palos.

—Una vez—refirió el licenciado Iriarte—se me ocurrió a mí disparar contra un mono. Nunca me he arrepentido más. Lo herí en un ijar. Cuando yo era muchacho no andaba mal del pulso. Mejor me hubiera temblado en esa ocasión. Al sentirse herido el mono, hizo un bodoque de hojas y se cubrió el huequecillo que había abierto la bala. Gritaba desesperadamente. Hasta allí la cosa no era sino desagradable. Pero de pronto, una rama me cae en un hombro y un-

momento después pensé que me venía encima la selva. Multitud de monos lanzaron sobre mí frutas, hojas, palos ¡el dos de mayo!

Lía inquirió:

—¿Tú cómo te defendiste?

—Con las piernas . . .

Los invitó Astorga a internarse por la montaña:

—Los que nos vamos, nos vamos.

Los mozos de la partida se hicieron entonces a la marcha. Eran éstos Lola y su esposo Gustavo Ugalde, comerciante muy conocido, flaqueco y langaruto, de pelo rojizo, un fósforo al decir de Lía que también iba pero a disgusto del marido; Manolo Casal; el doctor Astorga y un criado de éste, *Chico el manco*, llanero de ébano con el blanco de los ojos cual si fuese repintado, y el belfo colgante, hombre de monte que no marraba tiro y conocía los vericuetos por donde andan los animales; era él quien traía los perros que no se daban punto de reposo desde que llegaron a la isla. Con penosas dificultades atravesaron el río, saltando de piedra en piedra. Cuando cobraron la ribera opuesta, el doctor Astorga aseveró inclinado en el suelo, que allí acababa de abrevar un venado, pues la huella que indicaba con el dedo buscando a la vez otra, no daba trazas de haber sido tocada por rayo de sol. Allí tenían algo cerca, imposible dudarlo. Adelantaron hasta salir a un llano que barnizaba la luz.

Manolo Casal observó echando una bocanada de humo:

—En esta explanada debe de haber venados. ¡Como si los tuviera por delante! ¿Ven allá en el fondo un platanal? Aquí cazamos una pieza, no le den ustedes vueltas.

Consultó el doctor Astorga con *Chico el manco* para saber cuáles eran los mejores puntos de atalaya y ya con la voz misteriosa de los cazadores que temen producir ruido, así como se creyó bien informado aprestóse a distribuir las gentes:

—Tú, Manolo, vas a la entrada de aquella mancha de plataneros; usted Ugalde, suba, si quiere, a aquel cueto donde debe encontrar una picada natural que es el paso de los venados cuando van en fuga; yo me quedo por aquí cerrando la vereda que cae al río. Las señoras acompañan a quien ellas tengan por deseo. Suelta los perros, manco.

Inmediatamente obedeció *Chico el manco*. Los perros se esparcieron por la llanura veloces como perdigones disparados. Atrás corría el negro acosando los animales:

—¡Busca! ¡Busca!

Minutos después Manolo se destacaba chiquitín en medio de la llanada. Ugalde se había internado en la montaña abriendo brecha con el machete; en pos iba Lola sin cesar de prevenir al marido contra las culebras que podían estar en cualquiera de las ramas que cortaba. El grito lejano del negro se esparcía por la llanura:

—¡Busca! ¡Busca!

Percibióse el aullido de uno de los perros. El doctor llamó la atención a Lía:

—Ya levantó huella. Es el *Marqués*. No hay otro perro más bueno. Como que perdió la huella pues dejó de ladrar. No se oye...

La voz del negro repercutía como un eco muy lejano:

—¡Busca! ¡Busca!

Lía llamó al doctor Astorga que acababa de subirse a un promontorio con el intento vano de ver los perros.

—¡Mire cuánta paloma!

—Espérese un momento. Ahora vamos a matar media docena. Présteme su rifle. Es cuestión de un momento.

Apuntó con el riflesillo de viento, arma que él mismo dió a la señora al desembarcar, y casi simultáneamente con el ruido del resorte que impelía la munición, cayó una paloma del matorral vecino, en tanto que otra tendía el vuelo por el aire calcinado.

Jubilosa, sorprendida por el espectáculo de la muerte, corrió Lía grácilmente a traer la paloma.

—Aguárdese allí. Voy a tirar aquella que se ve en la rama de ese guayabo.

Efectivamente rodó al zacate la torcaz parduzca y la señora, que saltaba como una ardilla, jocunda, excitada, volvió con las dos avecillas sujetándolas por las patas de un transparente rosado claro.

—La primera es más grande que la segunda y tiene mejor pluma.

—Es un macho. Dentro de un momento viene la compañera. Regla que no falla: cuando cae antes el macho, la torcaz se pone a tiro; cuando cae en primer término la hembra no siempre hay seguridad de pillar las dos.

En menos de diez minutos amontonaron las seis palomas que se propusieron cazar.

—Caramba, doctor, usted no marra.

—Tengo la fortuna. Digo fortuna porque yo nada amo como la destrucción. Soy médico, señora.

Allá, cerca del platanal, ladró un perro. Inmediatamente los demás empezaron a aullar con modulaciones de quejido. Y el ambiente se pobló de ruidos lastimeros que se alejaban atenuándose, cada vez más tristes bajo la alegría vehementemente del sol que charolaba la llanura.

Aquellos alaridos huecos, roncós, que terminaban en un temblor agudo, hincharon de alborozo a los cazadores.

Lía comentó satisfecha:

—Ahora sí. Podemos asegurar que no volveremos con las manos vacías.

—¡Quién sabe! Ese venado anda por los lados de Manolo que es muy capaz de dejarlo huir.

—Entonces se viene para acá . . .

—¡Depende! Depende de los perros. Lo más fácil es que coja la montaña, por el despeñadero donde está Ugalde.

—Verá cómo a Lola es a la que le va a tocar verlo caer.

En eso notó la señora que el doctor tenía una mano bañada en sangre:

—¡Qué barbaridad! ¡Cómo tiene la mano!

El doctor levantó la mano sanguinolenta con calma curiosidad:

—¡Qué extraño! Habrá sido en alguna astilla al cobrar las palomas. Nada había sentido.

Los perros se alejaban, indudablemente, puesto que los ladridos se percibían como desvanecimientos del eco.

Recordó la señora que había visto allí cerca, en el bosquezuelo vecino, un ojo de agua donde podría lavarse el doctor Astorga. Invitólo a seguirla. Entraron en la selva húmeda, penumbrosa, preñada de aromas religiosos. El follaje bordando fantasías en la altura, apenas si dejaba penetrar el sol en rayos que se confundían en el suelo con las hojas secas. Llegaron al borde de la vertiente. Emilio sumergió la mano sangrante y después de frotarla hubo de extenderla ante su amiga para que la vendase, muy primorosa, muy compungida, con el pañuelo que él guardaba en la bolsa de pecho. Luego sentáronse sobre un pedrón, al amparo de un guachipelín cuajado de parásitas cuyas flores parecían mariposas de cristal amarillo y blanca porcelana.

Encendida por las carreras y el sol, Lía estaba más muchacha; con el pelo rubio alborotado que se escapaba del sombrero de alas anchas para caerle en la cara, sus mejillas obligaban a evocar las amapolas que salpican de sangre los

trigales maduros. Por esto, precisamente, aveníase mal con sus colores saludables, el airecillo de tristeza que invadía, como un crepúsculo vespéral, sus ojos azules y remangaba la gorda boca chiquitina cual una flor que va a reventar.

Permanecían mudos en la quietud solemne de la selva húmeda. El doctor había cortado una rama de reseda florida y la hacía girar con la mano sana, sin darse cuenta. De súbito rompió Lía aquel silencio que era contagio del silencio místico y oscuro que reinaba bajo la fronda espesa:

—He tenido un recuerdo. Cuando ví su mano herida, pensé en Armando Lile.

—¡Pobre muchacho! Cuentan que murió como un guapo. Desde la escuela, —me parece que lo estuviese viendo—, dió muestras de arrojo.

—La muerte no es lo que me impresiona, sino la mano que le cortaron antes de ultimarlo. La muerte la esperamos siempre como una consecuencia de la vida. ¡Pero una mutilación! No, una mutilación es horrible.

—¿Le cortaron una mano?

Lía se manifestó sorprendida:

—¡Ah! ¿Usted no lo sabía?

—Sabía de su muerte, nada más.

—Pues sí, le cortaron una mano. El iba con pocos compañeros a hacer un reconocimiento. Cuando menos lo esperaban les salió al paso un pelotón de exploradores alemanes. Yo no tengo detalles del encuentro; sé solamente que fué brazo a brazo, como en los episodios antiguos.

Armando atacó a un sargento. Arrojósele al cuerpo y éste lo recibió con un tajo que hizo volar por el aire una mano. Entonces Armando que era tan impetuoso, se le tiró encima, lo abrazó y le clavó los dientes en el cuello. Por la noche, los encontraron muertos a los dos, estrechamente enlazados, que el odio siempre ha de parecerse al amor.

El doctor Astorga interrogó muy intrigado:

—¿Había perdido la mano cuando se tiró a pelear cuerpo a cuerpo?

—Sí, señor, la había perdido. ¡Esa mano! ¡El muñón! La muerte no me impresiona. No, la muerte no. Morir, todos tenemos que morir. La mano, esa mano, el muñón rojo, chorreante, acaso con los nervios blanquecinos. El muñón, pensar en el muñón es lo que me extremece, y en la mano que debe de haberse puesto negra; era la mano derecha donde usaba un anillo que fingía una araña; el cuerpo lo formaba un rubí...

Ladraban los perros rabiosamente.

El doctor cortó el relato, más que nada porque comprendía que la señora se exaltaba:

—Aquí está ya. Oiga los perros qué cerca vienen.

Pusiéronse a la escucha y Lía dijo desdeñosamente, con el gesto desorganizado de las personas a quienes no interesa lo que sucede:

—No, van por la otra falda del monte.

—Le tocó a Ugalde, no hay remedio.

—Cuando yo dije que era Lola la que iba a ver rodar ese venado...

Pero no, Lola presentóse en aquel momento, sudolienta, fatigada, con tedio, deteniéndose a descansar frecuentemente.

—¿Y tu marido?

—¡Ay, hija! Yo no sé. Se echó a correr peñas abajo y me dejó sola. Ha visto dos veces el venado, pero no a tiro. Yo al fin, aburrída, decidí venirme...

El ladrido furioso de un perro los puso en pie, y el doctor dijo con la seguridad de quien pronuncia una sentencia:

—Es *Minuto*, un fox-terrier, muy valiente.

—¿Cómo sabe cuál es?

—Por el modo de ladrar, los distingo al oído.

Chico el manco apareció con la lengua de fuera; decía palabras entrecortadas a consecuencia de la agitación:

—Señor, por aquí, por aquí mismo, por las piernas me pasó. Así animal. Un tepescuintle que da miedo. Allí no más lo tiene encuevado *Minuto*. Así animal, se lo juro. Está encuevado. Venga, va a ver qué hermosura.

Requirió la escopeta el doctor para irse en pos del manco, agachados entre la maraña.

Lola Rosales de Ugalde, Lolilla, sentóse junto a Lía a la sombra piadosa del guáchipelín cuajado de parásitas en flor.

Entretenida en lanzar terroncillos al agua, se quejó Lía, como si no resistiera el deseo de sacudirse las penas:

—No sé; no sé lo que me pasa. Vine muy alegre, más alegre que nunca, y siento ahora una tristeza...

—A menudo te acontece lo mismo. Tú tienes algo por dentro, se adivina a la legua.

—¡La vida, hija, la vida!

Lola, con una sonrisa evocativa llena de bondad volvió a los tiempos de solteras:

—Me acuerdo de una tarde que me decías debajo de un saúco del patio de tu casa, el día de tu cumpleaños: —Tengo la cabeza llena de ilusiones y el jardín todo reventado en flores.

—¡Qué inocente era yo!

—¿Sufres mucho?

—Ni sé. Cada uno sufre lo que desea sufrir. Pero yo soy de esas personas que cuando tienen un grano se lo escarban con los dedos hasta convertirlo en llaga. Todo me estorba; yo misma siento que sobro dentro de mi piel. Y aquí tienes, hija mía, que nada me molesta más que mi marido. Para mí él está demás en todas partes. Es una desgracia. Lo comprendo. Pero no puedo remediarla.

—Sin embargo, tú decías antes de casarte, que el amor de los hombres entrados en edad era como el resplandor del ocaso, quieto y sereno. ¿No has encontrado la tranquilidad que perseguías?

—¡La tranquilidad! ¿Quién desea la tranquilidad? Nadie. Los que la buscan son los que menos quieren encontrarla. Necesitamos de las

preocupaciones tanto como del aire. Armando Lile—hoy estoy por acordarme de él—decía que si él hubiese sido rico se habría dedicado a galanteador de oficio para tener siempre una mortificación que lo atormentara. Las mortificaciones nos las proporcionamos nosotras mismas porque nos son necesarias. Si lo que yo tengo, cabalmente, es odio a la tranquilidad; eso y no otra cosa es mi mal.

Lola movía la cabeza reflexivamente, de un lado a otro, como esos juguetes de resorte:

—¡Qué raro!

—¡La tranquilidad! Eso quisiera mi marido. Yo soy la que no la quiero. Me aburre la casa, me fastidian los placeres domésticos, las jaulas de pájaros, los pisos lustrosos, el fonógrafo, la puerta cerrada. Prefiero los disgustos que da la sociedad.

—Pero tu marido te lleva a todos lados.

—Sí, al remolque. Tengo que sacarlo del diestro. Luego todo se vuelve que en su tiempo esto, y que en su tiempo lo otro y lo de más allá. No, no me envidies porque sea rica...

—Llegó, pues, la noche después del resplandor del ocaso.

—¡Y qué oscura!

—¿Es malo contigo, don Pedro?

—Malo no. Ya ves, ahora vuelvo a acordarme de Armando. ¿Sabes qué respondía Armando cuando yo le decía que alguien era malo? Me reprendía con aquel su acento burloncillo que no lastimaba:—Nadie es malo; llamamos malos.

a los que no tienen los mismos vicios que nosotros. Eso es todo. Mi marido no tiene mis defectos, de manera que resulta tan malo para mí, como yo para él. ¿Tú crees que no lo considero? El no tiene la culpa. Y sufre más que yo. A sus años, enfermo, desengañado, construyó una ilusión en el matrimonio pensando que iba a tener una mujercita para él, para sus dolores, para su diabetis, y le sale el tiro por la culata porque la mujercita se fastidia solemnemente con el fonógrafo, con la diabetis y hasta con la Magistratura.

Oyeron un grito del doctor Astorga que las llamaba. Lola indujo a Lía a que fuesen a su encuentro. Hallábase tan nerviosa que le convenía distraerse. No era cosa de perder las ocasiones de olvidar. Con las penas hay que hacer lo que las serpientes con el cuero cuando está viejo y les produce dolores al andar: lo botan en el camino y adelante, a echar otro. Lo demás eran tonterías. Y anda que anda por la brecha que abrieron los cazadores, llegaron a una peña donde el doctor atisbaba la salida del tepescuintle que se metió en una cueva, en cuya boca *Chico el manco* encendió con palos secos un fogón.

Lía, que mudaba de ánimo como cambia de colores la luz en las facetas de un diamante, preguntó al doctor, por picarlo:

—¿Ese fogón es para azar el tepescuintle?
Astorga se rió:

—No, es para que salga de la cueva. El humo que produce la leña se interna en el hueco y

cuando la pieza siente que se ahoga trata de escaparse. Pero aquí estoy para no dejarla contar el cuento.

Lola, que jamás dejaría de ser imprudente, comentó satisfecha de los resultados de sus consejos:

—¿Ves como se te fué la tristeza?

—¿Usted se había puesto triste?

—Siempre que vengo a la montaña me sucede lo mismo. Acaso sea por contagio. Es tan triste la selva.

El doctor la vió de arriba a abajo:

—¿Triste? No, yo creo que no. La selva como la melancolía, ensancha el espíritu, es oscura, hace pensar, provoca la funesta costumbre de pensar, como expresó Shakespeare; hace pensar y hace sentir. Si no fuera por miedo de parecer pedante diría que los pedazos de bosque que quedan son ratos de melancolía de la tierra.

El perrillo, *Minuto*, ladró sobre unos terrones que se agitaban con el movimiento repetido de un músculo recién cortado.

—¿Qué es eso, doctor?

—Por allí va a salir. Silencio. No hablen. Ahora verán.

Realmente estalló la tierra, una nube de polvo revuelto levantóse y un animal parduzco con parches blancos saltó veloz como un impulso. Intentó huir pero el perrillo le coartó el paso. En el mismo instante disparaba el doctor Astorga. Y la bestia zahareña de fornida estampa se ovilló para rodar dando tumbos por el barranco.

donde las ramas, al quebrarse, producían un ruido seco que llenaba la selva oscura y húmeda.

—Manco, ve a traerme un cuchillo que dejé en el morral, bajo el palo donde quedaron los señores. Vuela. Ya estás aquí.

Y se tiró por un camino de chivos a levantar la pieza.

Cuando estuvo de vuelta el manco, venía el doctor saliendo del barranco con el animal amarrado por las cuatro patas, a rastras sobre las piedras.

—Aquí lo tienen. A ver, Chico, dame el cuchillo para que averigüemos qué había comido.

Pero el manco, asustado, le dijo:

—Que es que dicen que vaya allá, doctor. Que es que se enfermó don Pedro. Y está que no aguanta.

Preguntó Lía, ansiosa:

—¿Qué tiene? ¡Ah! ¿Qué tiene?

—Pos si es que yo no lo vide.

El doctor rompió a andar:

—Nos vamos.

Lo seguían las dos mujeres.

Antes de salir al llano la señora de Iriarte se acercó al oído de Lolilla:

—¿Ves tú? Para esto sirven los viejos.

—Hija, no seas así.

Atrás venía el manco con el animal muerto.

En la llanura que el sol del mediodía quemaba, corrían los perros siguiendo un venado.

Detuviéronse a ver la faena de persecución que realizaban las bestiecillas aquellas ya acosan-

do en conjunto, ora distribuyéndose para segar los pasos por donde podía escaparse con saltos prodigiosos.

El doctor Astorga dijo en son de reproche:

—¿Qué ha sido de Manolo? Nada, se estará abillantando las uñas.

Sino que en ese punto apareció el cârilindo, diminuto, allá en el platanal. Venía con el arma requerida y agachado, de modo que no tardaron en ver el fogonazo, oír la explosión, contemplar el copo blanco del humo que se despezó en el aire y seguir con los ojos la precipitada fuga del venado.

Entonces *Chico el manco*, pidió la escopeta al doctor Astorga y gritando regocijado como salvaje se alejó a campo traviesa.

Lola, Lía y Astorga continuaron el camino.

—¿Qué podrá haber atacado a mi marido?

—Yo no sé.

Lía terminó con mohín de fastidio y de incredulidad:

—Cosas de los años...

III

Doblaban las campanas y el clarín del cuartel era un lamento lúgubre que se esparcía por la ciudad envuelta en los claros de la luna que tenía, entre las nubes, la armoniosa curvatura del anca de una estatua de mármol pulido por los años.

En la puerta del saloncillo adusto que decoraba un crucifijo sangriento, apareció, blanco dentro del mandil, un enfermero como un muñeco de migas de pan, con cauteloso andar de fantasma. Esperó a que la Madre Superiora, Sor Veroní, que había interrumpido su charla con el doctor Astorga, musitara la última sílaba de la oración de ánimas. En seguida, respetuoso, los ojos en el suelo y las manos cruzadas sobre el vientre, habló con la voz apagada:

—Madre Superiora, el 103 acaba de morir.

La Madre se santiguó lenta y unciosamente:

—Que Dios lo reciba en la gloria. Sáquelo usted del salón y que lo entierren por la mañana.

El doctor, con aquel aire de cansancio que asumía siempre en el hospital, contradijo en son de mandato:

—Llévalo al salón de autopsias.

Y la Madre advirtió como si hablara para sí, muy tímidamente:

—Es el operado de anoche.

—Sí; un caso muy raro...

—Cuando usted mande, doctor, iremos a la visita.

—Quien manda es usted, Madre.

—Pues entonces, andando, ya que usted no ha salido en todo el día y tendrá ganas de desentumecer los huesos.

Al salir al corredor exclamó Emilio satisfecho de la brisa que llegaba del mar:

—¡Qué noche tan fresca y tan clara!

Respondió Sor Veroní sin mirar al cielo tachonado de astros:

—Dios la hace. Dios la hace.

Andaban por un corredor largo, tristón, alumbrado a medias por un foco anémico que pendía del techo con palidez fúnebre de ahorcado. Los pasos del doctor resonaban desiguales y orondos; los de la Madre Superiora no se oían, así era de liviana su figurilla azul y buhida, cuyo rostro arrugado ó bajo la toca recordaba los que labran los chicuelos con el cortaplumas en los huesos de las ciruelas, su semblante entre amargo y meloso infundía respeto y derramaba una sensación de cariño muy parco que el doctor había comparado, sin saber por qué, a la luz de los vasos de aceite.

Al llegar bajo la lámpara encontraron a la señora de Iriarte que salía del jardín por uno de los arcos del corredor. Ataviada de blanco; tenía

los cabellos de oro tan disciplinados que parecían un gorro; en los ojos azules la fatiga y la quietud del agua de los pozos. La Madre Superiora le preguntó con cierta mimosidad que se metía como un filo:

—¿Qué tal va el enfermo?

—Ahora se quedó dormido.

Sor Veroní le había sujetado una mano y le daba palmaditas, toda carantoñas:

—Buen acierto tuvo el señor Magistrado al escoger esposa. Es usted un ángel...

Lía se encogió como una gata mimada y puso el gesto infantil:

—¡Ay, madre, si Dios no me ayuda yo no sabré qué hacer, pues a ratos se me va la paciencia.

La Madre seguía prodigando sus suaves caricias:

—Tome las cosas como son. Los enfermos tienen mucho de niños rebeldes. No hay que hacerles caso. Es mejor darles confites, créame.

—Sí Madre, pero no todas somos de la madera de las santas, como usted que tiene derecho ya a una página en La Leyenda Dorada.

La Hermana echó afuera una risilla cortada y algo postiza:

—No diga disparates, hija. Eso es un disparate.

—Es la verdad.

—Bueno, hasta mañana.

—Que duerma usted bien, Madre.

—Dios la acompañe.

Y Lía viendo al doctor Astorga forrado en el mandil, se burló amablemente:

—En esa facha reclama usted a voces un pedestal en la escena del cementerio.

—Estará usted en el jardín más tarde.

Habíase ya retirado la señora y volviéndose con arrogancia melodramática hizo el ademán de quien trata de alejar un fantasma:

—¡Aparta piedra fingida!

La Madre antes de entrar al salón interrogó al doctor escondiendo la socarronería bajo un aire bobalicón:

—¿Las mariposillas que se acercan a las velas van por la luz o por quemarse?

—Yo no sé, Madre, porque nací cuando ya la luz eléctrica había suprimido las llamas.

A la llegada del doctor Astorga al salón levantó la cabeza una vieja lamentable que temblaba gelatinosamente:

—¡Ay, doctor! Llevo dos noches sin dormir.

El doctor dijo al oído de la Madre Superiora:

—Bromero.

Y Sor Veroní apuntó en un bloquecillo de papel, plegando los ojuelos acerados tras las gafas.

Luego Astorga acarició la barbata de la pobre enferma arrugada como un trapo:

—Los malos pensamientos, vieja, los malos pensamientos que no la dejan dormir. Como se quitó de encima treinta años con la operación... Pero hoy va a dormir. Ya verá.

Siguieron a lo largo de la sala, entre las camas blancas que se alineaban a un lado y otro con el orden escalofriante de las tumbas en una calleja de cementerio. Las colchas uniformes se adaptaban a los cuerpos que, curvados en posiciones de feto, asumían fría apariencia de mármol en aquella luz que de puro débil se creyera que estaba borrándose. Lamentos ahogados salían de tarde en tarde de los rincones y los rostros dormidos, todos paz, no dejaban olvidar la imagen de la muerte. La jovialidad del doctor Astorga, que cambiaba de carácter en cuanto entraba a sus faenas, resonaba irónica en aquel recinto de la miseria, lustroso, brillante, con olores raros que dominaban la podre. Repentinamente se detuvo ante una cama que anidaba a una mujer joven, de altos pechos y acompasada respiración:

—¿Cómo te sientes?

La mujer respondió con la flor de una sonrisa en los labios:

—Mejor, doctor, mejor.

—La semana entrante te paras. Vas a estar muy divertida en una sola pata, como un pájaro sagrado del Nilo.

—Lo que me aflige es que dice mi vecina que una de caucho vale un dineral y yo de dónde cojo.

—No te preocupes por eso. Yo te la regalo.

—Dios se lo pague.

—No, hija, no es ningún favor. ¿Quién te cortó la pata? Yo. Pues es justo que la reponga.

La Madre Superiora, siempre mieles, preguntó cuando se alejaron:

—¿Conocía usted a esa mujer?

—¡No había de conocerla! Era querida de un amigo íntimo mío.

Santiguóse la Superiora en tono de protesta:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pero el doctor que se complacía en molestar a la Madre prosiguió alegre y escandaloso:

—¡Las francachelas que armábamos en su casa! Usted se hubiera divertido mucho si la hubiéramos invitado.

—¿Pero usted está loco?

A menudo mortificaba el doctor a Sor Veroní con aquella suerte de chanzonetas. Sólo que la Madre le tenía mucha ley a aquel loco lleno de corazón que gustaba de hacer alarde de crueldad. Y era lo que ella decía: mientras no le faltase a las Hermanas jóvenes, como no les faltaba, todo iba bien. Acercóse un enfermero que marchaba sobre la punta de los pies. Venía a avisar que Maríolo Casal esperaba afuera. Entonces el doctor se apresuró a salir:

—Yo nada veo de particular. Hoy estamos de suerte. Me largo, Madre. Ya sabe, al que no dé trazas de dormir, bromuro, al que tenga una inflamación, hielo y al que le duela la cabeza... bueno, al que le duela la cabeza lo manda mañana al salón de operaciones para cortársela.

—Ave María Purísima.

En la puerta ordenó el doctor al enfermero

que le llevara del botiquín una mezcla por iguales partes de vaselina con sulfuro de cadmio y desapareció a través del jardín bañado en la palor de la luna.

Manolo Casal esperaba desazonado en la portería. Cuando llegó el doctor distraíase leyendo un almanaque de pared que era toda la ornamentación que se permitía la Hermana portera para su oficina.

—¡Qué dicha que al fin se te ocurrió venir!
¿Para qué me querías?

—Esta noche nos vamos a divertir de lo lindo.

—Hombre, no está mal.

—Esta noche es el susto. Vamos a ver si es verdad que Lía es incapaz de sentir miedo. Vente conmigo y alista los nervios.

Anduvieron por un corredor interminable; luego cruzaron un patio de arena y allá, en el fondo, introdujéronse en una caseta aislada.

El doctor encendió la luz.

—Fíjate en esa mesa cubierta por una sábana. Levanta la sábana y me dices qué te parece el regalo que le tengo a Lía.

En efecto, Manolo levantó el sudario y sus ojos tropezaron con un cadáver barbuchín como un capuchino, que enseñaba los blancos dientes afilados.

—¡Al demonio! ¿De que murió este condenado que está tan feo?

—De risa.

—No, hombre.

—¡Ah! ¿No te gusta que haya muerto de risa?

Pues entonces haz de caso que lo mató la suegra a disgustos.

Abrió el doctor Astorga un armario de cristal y sacando un bisturí, dijo al encaminarse al cadáver:

—Ya veremos si se asusta o no.

En eso oyéronse tres golpes en la puerta. Manolo empalideció, los ojos sumamente abiertos y extáticos, la boca en rehilo. Astorga preguntó impaciente por creerse sorprendido:

—¿Quién toca?

Respondió una voz adusta y monacal:

—Aquí está el sulfuro de cadmio

—Abre, Manolo, recíbelo y dile que me traiga de una vez mi saco.

Tomó Manolo la cajilla para entregársela inmediatamente al doctor, quien se dió buena prisa en embadurnar el rostro del cadáver con aquella grasa repugnante.

—Apaga la luz, Casal.

—Pero hombre...

—Apágala.

Y como el lindo boquirubio con cara de garbanzo en el concepto de Lía que aún no se había enterado de que las comparaciones son odiosas, se resistió, Astorga dióle vuelta a la llave. Al hacerse la oscuridad, instantáneamente, encendióse la faz del muerto en luz que fluctuaba entre amarillenta y azulosa. Era una cara de fuego, la nariz destellaba como el filo de un cuchillo, la boca una brasa, las barbas habíanse convertido en llama. Infundía terror. Casal en un tremor

tornó a encender la luz. Y el rostro barbado del muerto recobró la palidez terrible que determina la ausencia del alma.

Manolo no acertaba a comprender y el doctor lo puso en autos:

—¿Qué fué de tus colores? Estás más blanco que el cadáver. No te alarmes, esa luz que viste es el efecto del sulfuro de cadmio. ¿Qué tal va a ser el susto?

—Bien, explícame en qué consiste la broma porque yo estoy en ayunas.

—Ten paciencia. Alcánzame una sierra del armario y poco a poco te irás enterando.

Empuñó Astorga el bisturí y púsose a cortar la mano derecha del muerto con hábil agilidad. Así que los huesos de la muñeca estuvieron al desnudo tomó la sierra y con un ruido insistente de roedor la desprendió por completo del brazo.

—¿Tú sabes a quién pertenece esta mano?

—¡A quién había de ser! Al muerto.

—Para tí y para mí. Para Lía esta mano es la que se le perdió en un descuido a Armando Lile. Lo verás

—¡Es una barbaridad! La vamos a matar.

—Tú te callas y te limitas a poner por obra lo que yo te indique. Lía me debe esperar en el jardín. En tanto yo la distraigo, te cueles en su alcoba, procurando que no te vean. Aplicas la grasa en la mano del muerto y luego la dejas en la cama.

—¿Y más tarde dónde te veo?

—Espérame en el club para que nos vengamos juntos a observar el resultado.

—Pero tú respondes de todo.

Separáronse llenos de sigilo, como los conspiradores embozados que se adivinan en la oscuridad de las estampas del segundo imperio.

En el jardín emblanquecido por la luna opulenta y melancólica, jugaba la brisa que venía del mar cuyas escamas inconstantes se plateaban por momentos, arqueándose, para recaer en la sombra.

Desde el corredor precisó Astorga la silueta de la muchacha que esperaba en una plazuela de zacate, destacada en la claridad con tanto relieve que parecía que fuese recortada de un libro ilustrado.

Poco a poco, con los movimientos algodondados que le daban el aire original de perrillo faldero, allegóse el doctor pensando que iba a sorprenderla. Ella disimulaba, fingía que no lo observaba pues había comprendido la intención de asustarla. Así es que cuando oyó la voz brusca, que trataba de acobardarla viró con pres-teza la cara y sacando la lengua se rió del amigo Astorga, la muy poca vergüenza:

—¡Eh! ¡Qué gracioso!

Más de una semana contaba la señora de encontrarse reclusa en el Hospital, desde que enfermó don Pedro José Iriarte, recientemente electo Presidente de la Corte de Casación. En un principio acordó el matrimonio trasladarse sin pérdida de momento a la capital. Pero los médicos se opusieron; era un caso de apendicitis



urgente que no consentía demora para operarlo. Entonces el doctor Astorga, en vista de las malas condiciones de la casa que alquilaron para pasar el verano, ofreció al señor Magistrado un cuarto en el Hospital, y para que la esposa pudiera asistirlo, le daría el apartamento a él correspondiente, pues de todas suertes jamás lo ocupaba. Apenas supo que la cosa iba para días y se vió por ende la perspectiva de trasnochos y fatigas a don Nicolás Rivera se le presentó un negocio apremiante en el Juzgado que no podía desatender. Eso al menos manifestó a Lía. A doña Rita habíale dicho por la noche, restregándole la caspa de aquella cabeza que hacía mondar indefectiblemente el treinta de cada mes, en los mofletes grasos:

—No es cosa de perder en desvelos lo que hemos ganado con los baños de mar.

Y olvidándose de que habían sido tratados en la casa de Iriarte como ellos no se lo imaginaran ni en los mejores ratos de optimismo, partieron en el tren de la mañana, con mucho sentimiento porque todas las probabilidades eran fatales, pero qué podían hacer; llamábalos el deber, y el deber es antes que nada para un hombre tan cumplido que jamás había retardado la visita mensual al peluquero.

Afortunadamente el licenciado Iriarte mejoró de tal modo que la reciente elección que lo ponía a presidir a sus colegas, premio de veintidos años de servicios, no resultó vana.

Y allí estaba aguardando el momento oportu-

no para incorporarse, más lleno de vida que antes, puesto que había comprado al precio de un susto, ¡y qué susto!, la convicción de que su mujercita se desvivía por él, y por su Magistratura, y por su grasa y, quién sabe, si hasta por su diabetes. ¡Qué buena era! Mejor no la encontraban ni con farol. Por algo sus paisanos, los costarricenses, rendían pleito, homenaje a su talento. Que lo tenía, lo tenía. La prueba era la elección que había hecho a la hora de escoger esposa, una elección casi tan acertada como la que acababa de practicar el Congreso para Presidente de la Corte de Casación.

Por su parte la señora no dejaba de experimentar cierto cambio momentáneo en su manera de ser. Mucho la mortificaban las impertinencias de su marido. Pero en el ambiente del hospital, la paciencia se imponía. La frecuentación de Sor Veroní le había dado una sensación de cariño que ella nunca experimentó. Aquella vieja chiquitina, siempre en tensión nerviosa, no perdía oportunidad de regalarla con los dulces de la cocina y con bordados que tejieran sus manos delgaduchas de largos dedos, semejantes a dos arañas de nieve. Luego era tan amena en su trato y la acariciaba tanto que la hacía sentir palpitations de gratitud con ese amor para ella desconocido y se volvía tímida. Una noche, al recogerse pensó que era unalasca de hielo que iba a deshacerse con el calor que estaba recibiendo en la nueva vida pasajera, silenciosa, abnegada, llena de penumbra y de aromas ignorados.

Bastante contribuyó a su vez el doctor Astorga a iluminar el cielo en estos días que ella creyó iban a ser de nieblas ¡Qué hombre más raro! ¿Qué tendría por dentro? ¿Era apasionado? ¿Era frívolo? ¿Era alegre? ¿Era un triste? No, no podía clasificarlo. Acaso era un hombre con muchos hombres en el cuerpo. No acertaba. Acompañábala horas de horas y jamás hizo, como suelen casi todos, la menor alusión interesada. ¿Sería que no lo provocaba? ¡Qué raro! Y en medio de un poquitín de despecho que no confesaba ni a sí misma, agradecía el proceder del médico que andaba pausadamente y tenía el aspecto raro de un faldero limpiecito y mimado. Más que nada le extrañaba porque no desconocía su fama de loca, a pesar de que todos los amigos que intentaron lograr concesiones de sus encantos, después de casada habían caído, según le contó a Lolilla de Ugalde, como el clown provocando su hilaridad. Sin embargo la sociedad habíase puesto de acuerdo para declararla casquivana como si fuese lo mismo buscar el calor de la estufa que meterse en las llamas.

Aquella noche se encaminaron a una banca que había en el jardín, frente a la playa. El mar, emblanquecido por la luna, era al reventar sobre la arena, leche recién ordeñada. Todo estaba luminoso y se creyera que a punto de convertirse en plata; brillaban los tejados en lejanía, brillaban los árboles, brillaba la tierra, y el agua, y, encima de todo, el cielo roto por las estrellas. Lía, inclinando la cabeza hacia el lado

izquierdo, acabó con el mutismo que los había invadido:

—Quiero hacer una pregunta, pero no se ría de mi candor. Prométame que no se ríe.

—Prometido.

—Bueno, pero cuidado se ríe. Allá va, no se ría. ¿Cómo es usted?

—¿Yo? No lo sabe nadie. Yo no lo sé y no es por falta de ganas.

—¿Pero cómo cree usted que es?

—Según con quien me encuentre. Los hombres somos una materia multiforme que asumimos diferentes figuras al capricho de la materia con que nos mezclamos. A veces somos violentos, si luchamos; si meditamos, tolerantes; si el día es claro, alegres; si llueve, melancólicos; si nos desprecian en amor, caprichosos hasta parecer apasionados; no somos nada y lo somos todo.

—¿Y nunca ha amado?

—Como un loco, como un insolente. Amo como un desesperado.

—¿A quién?

—A todas las mujeres que amé y a todas las que amo.

La sonrisa barrió en el rostro de la muchacha el gesto cándido:

—Pero, doctor, su corazón debe de ser una casa de huéspedes. Qué mal sabe usted contestar. Cuando una mujer pregunta: ¿Ama usted, amigo mío? es de rigor responder:—La amo a usted, sin usted mi vida no es vida.

—Eso hubiera usted querido que le dijera.

No se lo digo, pierda cuidado. A otra mujer, a una mujer recatada, tal vez, tal vez. A una mujer despreocupada, no. Las despreocupadas no se conmueven ni en las noches de luna.

—Vamos poco a poco. ¿Por qué no me lo dice? ¿Por qué no lo siente?

—Contésteme primeramente usted. ¿Si yo le hubiera dicho que la amo, me habría hecho esa pregunta?

—Posiblemente no.

—Luego, estaría menos interesada por mí. Lía sacó la lengua:

—¡Eh...! ¡Qué listo es usted! ¿Dónde aprendió tanto? Pero procedamos con orden, como dice mi marido. ¿Conque usted ama a todas las mujeres que amó?

—¡A todas! Son partes de una gran pasión, distintas sensaciones de una sola e inmensa, amores que componen un amor. No puede usted calcular cuánto queremos a las mujeres que quisimos...

—Sáqueme de mi curiosidad ¿yo no tengo un rinconcito en ese gran todo?

—Ya le manifesté que no he de decírselo.

—Casi creo que confiesa...

—Pues se equivoca.

—¿De suerte que si yo le hubiere parecido a usted recatada no tuviera inconveniente en declararme su amor?

—¿Cuál amor? Si usted fuera recatada yo no me habría contenido en la hora de hacerle manifestaciones efusivas, porque así me jugaba la

carta a sabiendas de que si fracasaba era tanto el miedo suyo que no lo comunicaría. Muchas mujeres pudorosas están cerradas con picaporte; es cuestión de correrlo. En cambio la mayor parte de las locas, de las que llamamos locas, tienen cerradura y cerradura antigua; a ellas hay que llegar saltando la tapia.

—Ahora otra cosa, doctor: ¿cree usted que yo he estado hablando en serio?

—La broma suele ser la esclavina en que se embozan nuestros sentimientos para que no los conozcan.

—Entonces juzga que soy capaz . . .

—Todo puede suceder. A las mujeres que juegan al amor les pasa más o menos lo mismo que a los equilibristas. Cuando niñas, mientras aprenden a andar en la cuerda floja, se caen muchas veces. Cuando ya saben sostenerse y van por las alturas, muchos casos hay en que no pierden el equilibrio, pero . . .

La señora habíase puesto triste:

—Está equivocado, doctor. Hace un tiempo, quién sabe . . . Ahora no. Le voy a hacer una confidencia: soy madre, lo seré, pues. Y hoy por respeto a mi hijo . . . Ya ve que no hago alardes . . . Me siento otra. Quiero a mi hijo como si ya fuera un hombre; lo quiero sobre todas las pasiones y él me da fuerzas, y me aleja de la vida banal de la sociedad; la loca es madre, tiene un empleo para su existencia, un rumbo; ya no es loca, es algo sagrado.

El doctor Astorga la miraba fijamente a los ojos.

—No es verdad.

—Le aseguro que sí.

—No, Lía, no, eso no es verdad.

—¿Por qué no lo cree? Porque no le conviene.

—Por lo que sea.

—Porque no le conviene.

—Sí, porque no me conviene.

—Ya caímos en que me ama.

—Sí, la amo, acabemos de una vez. Le he mentado. Ya se lo dije. ¿Era lo que deseaba? Pues ya se lo dije. La amo.

—Lo peor del caso, amigo mío, es que yo no he pensado siquiera en ser madre.

Lanzó una carcajada y echóse a correr entre las matas que a su paso temblaban bajo la luna.

El doctor Astorga, Emilio Astorga García, médico y cirujano, quedó solo frente al mar monótono. ¡Se había burlado de él! El ojo derecho, tocado de un mal nervioso, le cintilaba como una estrella. ¡Ah, se la pagaría! ¡Vaya si se la pagaría! Ahora mismo, al llegar al cuarto. ¡Qué susto! Estaba realmente apesarado. ¡Aquella burla! Era de esas almas versátiles que odian mañana lo que amaron ayer. Pero en el presente, en el minuto que vivía, cualquiera que fuese, comprometía todos sus sentimientos. Marchóse, despaciosamente, calmoso, a buscar a Manolo con el fin de ver en qué terminaba la broma que ahora asumía proporciones de venganza. Afortunadamente el amigo venía también a buscarlo, de modo que economizó el viaje al casino.

—¿No ha habido nada?

—Yo no sé. Iba a buscarte.

Manolo Casal reflexionó:

—Es para morir. Yo tengo miedo. Imagínate a Lía entrando en el cuarto. Lo primero que le llama la atención es la luz sobre la cama. Ella no se arredra. Avanza, la toca y resulta una mano, una manofría, una mano humana, como tu mano, como mi mano...

—Como la de Armando Lile, que la persigue en todas partes.

—No, es para morir.

—¿Quieres que nos acerquemos por el cuarto?

Rompieron a andar por los corredores a media luz del Hospital.

El cuarto de Lía hallábase completamente cerrado. Aplicaron ambos el oído a la puerta con el modo precavido de los ladrones.

—No se oye nada.

—Yo oigo un rumor de masticación.

Levantaron los ojos interrogándose mutuamente.

Monolo tenía miedo:

—Aquí ha pasado algo grave.

—Asomémonos a ver si está abierta la ventana.

Dieron la vuelta por el jardín. La ventana estaba, como pensaron, abierta. Manolo metió la cabeza y retrocedió espantado. Entonces Astorga le interrogó:

—¿Qué sucede?

—Hemos hecho un crimen.

Asomóse el doctor y su vista pudo percibir por la luz de la mano de fuego, a la mujer con el

pelo en desorden sobre la frente, los ojos saltantes, las comisuras de los labios despedían una llama azulina; con las manos crispadas sostenía la del muerto en la boca, destrozádola a dentelladas.

—¡Se la está comiendo!

—¡Está loca!

Y ambos quedaron frente a la ventana donde se reflejaba la luna; Manolo abría desmesuradamente los ojos y la boca; el doctor, cruzado de brazos, apretaba el ceño y se mordía el labio inferior.

Encorvados, destacaban por negros en la perlada luz de la noche.

